

Presencia de dos Poetas Puneños

Iniciando el *Festival de Poesía 1970* organizado por la Casa de la Cultura del Perú, el escritor Ernesto More hizo la siguiente presentación de los poetas puneños Alejandro Peralta y Luis de Rodrigo

A pesar del apartamiento en que vivía Puno en las tres primeras décadas de este siglo (los periódicos de Buenos Aires llegaban, por vía terrestre, antes que los de Lima), y pese a la parquedad de su biblioteca, a la ausencia de publicaciones y de otros elementos de cultura, surgió allí, inexplicablemente, un movimiento que tenía todos los visos de la poesía vanguardista por su forma, pero con un contenido eminentemente indigenista. No hay duda de que la cultura tiene medios difusos de comunicación, y que el hombre del mundo, de cualquier latitud que sea, está también sujeto, en lo espiritual, a influencias comunes, como de la ley de la gravedad. El generador de este movimiento, el activo fermento espiritual de la juventud puneña de entonces, fue Arturo Peralta, conocido más por el pseudónimo de Gamaliel Churata. En estos dos nombres se retrata el personaje. Habiendo sido su padre Demetrio un varón esforzado, de moral poco menos que bíblica, Arturo, el hijo, influido evidentemente por la conducta del padre, eligió el nombre de Gamaliel, que parecía extraído del Libro de los Reyes, y como apellido se puso Churata, con resabios aimaras, o quizás si una legítima palabra aimara. Hombre carismático, estudioso, profundamente inquieto, supo reunir en torno suyo, en Orkopata, una colina que se alza a la vera de la ciudad de Puno, un buen número de personas, entre las que cabe señalar, como a las más allegadas, en primer lugar a su hermano Alejandro, aquí presente, posterior autor de *Ande, Kollao y Poesía de entretiempos*, Inocencio Mamani, indígena nato, poeta y autor teatral, Emilio Vásquez, Mateo Jaika, Rodríguez Aweranka y otros. Frequentaban Orkopata, aunque no con la misma asiduidad, y sin llegar a participar en este ritual esotérico que creó Churata para los iniciados, Luis de Rodrigo y Dante Nava.

Por esos mismos años salió impresa en Puno "La Tea", revista literaria que, con sus 12 números, significó un considerable esfuerzo de los jóvenes escritores puneños; y salió como hermana menor de "Colónida", participando, hasta cierto punto, de los efluvios literarios que se desprendían desde Arequipa, donde actuaba el grupo Aquelarre, fundado por Percy Gibson, César Atahuallpa Rodríguez, José Medina, Belisario Calle, Quintín Medina y otros. También surgía en Trujillo Orrego, quien, de no haber asumido una actitud política que lo emasculó, habría sido continuador o compañero paralelo de Mariátegui. Había, pues, en el Perú varias corrientes sinérgicas, que aspiraban, unas, un cambio en la forma, y trayendo otras, las de la sierra, un contenido reivindicatorio de

lo indígena. En realidad, era una sola corriente con diversos manantiales.

Esta tendencia llamada indigenista, nativista, andinista, cuyos focos principales estaban en diversos puntos de la sierra peruana, tenía como punto de partida no sólo el aspecto telúrico, sino, esencialmente, el pasado y el destino del indio. Hay tres hombres que caracterizan con bastante precisión esta corriente: Vallejo, hombre del Norte; Uriel García, hombre del Cuzco y Gamaliel Churata, hombre del Titikaka. Ya en 1927, vale decir a los cuatro años de residir en París, Vallejo publica en la revista "Mundial", entre otras cosas, la siguiente definición: "... Porque no debemos olvidar que, a lo largo del proceso hispano-americanizante de nuestro pensamiento, palpita y vive y corre, de manera intermitente, pero indestructible, el hilo de sangre indígena, como cifra dominante de nuestro porvenir". Adviértase que Vallejo tenía poco de indio en su sangre; no era kechuista ni el kechua es un idioma predominante en Santiago de Chuco. Pero Vallejo era un peruano completo, y ya en aquellos tiempos había detectado las resquebrajaduras que atentan contra la unidad nacional. Por su parte, Uriel García, tan olvidado hoy día, dice, en su libro *Pueblos y paisajes sudperuanos*:

"Hasta hoy la contienda de los idiomas, sobre éstos y otros campos del Perú, es problema inextricable para los gobiernos de colonizadores y terratenientes. El despojo de las tierras no pudo consumar el del pensamiento, el de la conciencia social, expresados en las lenguas de tan larga y fecunda historia". Y al tratar del uso que hicieron los doctrieros de las lenguas aborígenes, con el fin de catequizar con más prontitud al indio, dice que "a la postre, los dogmas traducidos a la 'lengua del Inca' renacían trocados en conceptos concretos y muchas veces con significados distintos, inyectados del paganismo telúrico. Y esto contradecía las finalidades del doctrinante. Por eso, la palabra, más que todo escrita, resultaba contraproducente y hasta peligrosa". Señala que la lectura de *Los Comentaristas* de Garcilaso, después del levantamiento de Túpac Amaru, había sido prohibida, pese a que la mayoría de la población era analfabeta. Y Uriel García llega a la conclusión de que "era mejor hacer uso del simbolismo plástico... que, en términos generales, superó al arte literario". Y otro notable pensador, que murió en Lima, hace poco, en medio de un escalofriante desconocimiento, nos referimos a Arturo Peralta (Gamaliel Churata), advierte, con un cierto barroquismo en su manera, que el numen de la Literatura Americana es español. "Y por tal calde-

roniana razón —añade— es la literatura de la fuga. Jamás obedeció al heroico destino del que engendra a costa de su vida. No hay Corteses en nuestras letras. De la misma manera que Francisco Pizarro, que pudo hacer áurea su majestad en el Cuzco, buscó el aduar junto a la playa para escapar si el negocio se le tornaba tuerto, como a su socio el tuerto Almagro, la Literatura Americana es portuaria y de ventolina, a merced de las incitaciones de los meridianos mentales del Viejo Mundo, y ya bulevardiza, estepiza, niponiza, heleniza, y siempre en criollismo, nativismo, decadentismo, vanguardismo, realismo, naturalismo, acaba excéntrica, con desasimiento, que no sea en el pintoricismo episódico y vacío, de la coordenada india. Excluyo naturalmente de este juicio —sigue diciendo Churata— al Vanguardismo del Titikaka, que de 'vanguardista', en el sentido europeo, tenía pocas, o ninguna, condescendencias. Eran literatura y movimiento de entraña nominal, de adhesión humana, más allá de las inverecundas cofradías que nos atañen". Todo ello nos lleva a acoger en su plenitud lo dicho por Roger Garaudy: "Los pueblos pueden sentirse nuevamente orgullosos, cuando el colonialismo ha cesado de robarles su historia".

Me he permitido hacer estas digresiones, porque ellas abren el camino para la mejor comprensión de ese fenómeno poético que hace su aparición en Puno aún antes de terminar la segunda década de este siglo, y del que son los más genuinos exponentes los poetas Alejandro Peralta y Luis de Rodrigo. Ninguno de los dos, pese a que son puneños tan auténticos como el Lago, es kechuista y aimarista, pero han vivido en el vértice de ese triángulo étnico que es Puno, donde conviven el español, el quechua y el aimara, y como poetas y peruanos totales que son, reflejan en sus poemas, asomados como están a ese abismo lingüístico, más los vacíos que el concretismo espiritual de su pueblo, viniendo a producir, sin imaginárselo, una poesía que dice en español lo que el corazón siente más bien en las dos citadas lenguas aborígenes. Es algo similar de lo que le ocurre a Vallejo, quien, andando por los bulevares, solía decir con insistencia: "Yo soy un huérfano del idioma". Mejor todavía que una computadora, la poesía revela las fallas de nuestra educación y enseñanza, de las que han sido segregadas, sistemáticamente, para los efectos de la escritura, ambas lenguas, que no pueden desenvolverse, carecen de elementos para expresar su propia cultura, viviendo, como al día siguiente del descuartizamiento de Túpac Amaru, en un permanen-

me siento en la peña del último recodo, sigo mirando con deleite esa pequeña mancha, allá lejos, abajo, formada por sus epístolas, escritas a principios de la segunda década; y cuando tomo la cuesta, por la otra vertiente, la sigo viendo todavía con mi sentimiento. Y cierro los ojos.

Nunca se me presentó Luis de Rodrigo en función de poeta y escritor, pero mucho antes de leer sus primeras poesías, había sido yo aprehendido ya por su inmenso caudal humano, por su singular modestia, por su fraternal sencillez. Alguna vez tuve la suerte de ocuparme de él y de su poesía en un reportaje. Lo que siempre admiré de él es el valor que ha tenido para resistir los más tremendos embates, tal como el queñua de Puno, ese árbol que los más fuertes vendavales del altiplano no logran abatir. Supo valerse del rocío poético para restañar sus heridas. Supo, asimismo, como su compañero Peralta, tascar, durante casi una vida, el freno burocrático, manteniendo, eficiente como él era, su independencia y dignidad personales. Y como Peralta, luego de haber sido publicado su primer libro, **Puna**, por el Ministerio de Educación Pública, en virtud de haber merecido, en 1945, Mención de Honor en el Premio "José Santos Chocano", hoy se nos aparece con un valiosísimo manojo de nuevas poesías, que marcan también un singular proceso evolutivo. El amor a la tierra, el encantamiento que en su alma de niño produjo el Lago evanescente y dilatado —encantamiento que se confunde en su espíritu con el recuerdo de su madre y de sus días de afanes—, el hecho de haber sido testigo presencial y sensible del acaecer humano en la altiplanicie del Collao; el discurrir prosaico de las gentes dedicadas al comercio en la ciudad de Juliaca, el trato diario con los indios; sus años de lucha en los Estados Unidos, en ambientes febriles, deshumanizados, mecánicos; su prolongada, honesta y eficiente gestión en las oficinas de la administración pública, todas esas cosas han constituido lo mejor de su biblioteca. Su aprendizaje ha sido vital. No ostenta grados ni títulos. ¿Quién es el que puede dar el título de hombre? Puede Rodrigo decir como Vallejo, que se siente revolucionario más por experiencia vivida que por ideas aprendidas.

Tiene la doble función del poeta: transformar sus propias lágrimas en gemas, y oír el latido del corazón ajeno. Allí están, en **Puna**, sus hermosas y emocionantes Plegarias, trasunto de su propia vida y de su desgarramiento personal; y allí está también, entre los poemas producidos recientemente, "Sequía", visión de un drama colectivo, dolor de un pueblo. En él se hace carne la frase de Pushkin: "Los golpes de martillo rompen el cristal y forjan el acero".

Y basta, pues no quiero mermar el tiempo que estos dos poetas y entrañables amigos deben utilizar para esparcir sus flores entre los oyentes de esta noche. Gracias a ellos también por haber venido a refrescar mi propio estro poético, depositando su confianza en mi palabra.

ARTURO D. HERNANDEZ

22 DE DICIEMBRE DE 1903 - 2 DE ABRIL DE 1970



La vida de Arturo D. Hernández fue una vida extraordinaria. De origen humilde alcanzó la luz del triunfo, como hombre cabal, como padre de familia, como amigo, como ciudadano al servicio de su patria y por sobre todo ello la gloria de escritor, que, dentro de las cosas perecederas de la existencia, le sobrevivirá a través del tiempo. Pues sus novelas y cuentos de la selva no morirán.

Hernández fue un escritor innato, de vida intensa y multiforme, la que, precisamente, constituyó una rica cantera para su creación artística.

Nacido en la selva, en un pueblo del Bajo Ucayali, borrado de la realidad por el curso variable del río, caminó con los años una senda serpenteante como los propios ríos de su tierra. Fue soldado, albañil, bracero de una hacienda algodonera, conductor de tranvía, mozo de barco, capataz de carretera, hasta culminar como abogado, como general de brigada, como presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas, cargo al que llegó por su mérito de escritor. Una vida admirable, en verdad.

Hernández, tras su muerte física, deja el vivo legado de su obra literaria, conocida aun más allá de nuestras fronteras; pues sus novelas **Sangama** y **Selva trágica** han sido traducidas, con gran éxito, a muchas lenguas. Además de las mencionadas, quedan la novela **Bubinzana** y el volumen **Tangarana y otros cuentos**, editado recientemente.

Quizá el patético mundo de su infancia hubiera podido ser tema para una de sus mejores obras. Como en el caso de Gorki, a quien se parecía en algunos aspectos de su vida. Yo, que he sido amigo de Hernández, le hice ver la posibilidad de esta creación. Aun le presté **Días de Infancia**, obra del ruso insigne. La muerte segó al autor de **Sangama**, cuando escribía acerca del tiempo de su niñez.

También Hernández pensaba dar una novela sobre el auge del oro negro en nuestra Amazonía, acontecimiento del que fue protagonista principal su tío Julio C. Arana, el Rey del Caucho. Incluso alentaba el propósito de escribir una biografía novelada de este su legendario pariente... Sueños que ya no se cristalizaron.

Yo, por mi parte, trataré de escribir sobre la vida y la obra de mi noble e ilustre amigo desaparecido, Arturo D. Hernández del Aguila.

FRANCISCO
IZQUIERDO
RIOS